

PRÓLOGO

He aquí que Ana Liste, fugaz estrella de aquella horda nuestra de París de en torno al año 70, pretendiente luego de farera en las islas de las Rías Bajas, ha escrito ahora un libro de poesía, y hasta lo ha presentado para un Premio, y todavía, en fin, sin conocer su nombre, se lo han premiado.

¿Qué hacer? A uno seguro que no le hace gracia que la poesía nazca por escrito, menos aún que sea un libro la poesía, arriesgándose con ello a que las instancias culturales le den un premio: que es que piensa tal vez uno que eso de poesía aludía a algo que es o que era antes de la Literatura, algo que vive y canta por debajo de la Cultura, por debajo, esto es, del Poder y del Dinero, a los que la Cultura sirve dócilmente, para que la cultura sea dinero y poder también: algo por tanto que tendría que ser usufructo de cualquiera y no propiedad de nadie; y entre usufructo y propiedad no cabe casamiento: la propiedad apresada y mata el disfrute, el disfrute deshace la propiedad, etcétera.

Pero, con todo, por el amable recuerdo de la que nos lo manda, vamos a ver, leamos el librito: al fin, ¿no nos ha tocado estos años leer, con menos motivos, una larga ristra de poemas que nos mandaban o poetas hechos o amiguillos aspirantes a tal título? Sí, y hasta poemarios, vive Dios, como los llaman por ahí últimamente, ¡oh el vergonzante término a la moda, que trata de disimular la sumisión cultural al libro!, ¡oh moda surgida a la par con esa otra por la que a las letras de las canciones se las llama temas!, ¡oh condena de la poesía al significado, que es condena a la mera Literatura y su temario! Así que, ea, vayamos leyendo al menos sin desvío el librito que Ana nos envía.

Bien. Ya está.

Y este libro que Ana nos enviaba, por más que literario, ha sido un fino regalo ciertamente, no sólo para los ojos. sino también para los oídos. Al menos, lo primero, no la han dejado sus oídos olvidarse del todo del ritmo de las palabras. como suele pasarles a los poetas literatos: una marcada tendencia al esquema jónico, de intervalo de 3 breves, roto a veces al final de verso por salto al de 2, y el hecho mismo de que lo que ella escribe como versos no sean, como se suele, meros versos tipográficos, sino que tengan su sentido para la onda o latido de las palabras, son algunas, seguramente no queridas, fidelidades, que se le agradecen, a aquello que debía ser el germen mismo de la poesía, el juego con el tiempo en el que se habla o canta.

Ya vueltas con ello, una exploración conjunta de las entrañas de la mar (desolada a veces, a veces poblada del vago eco de los dioses antiguos) y de la hondura sin sentido del

alma y sus tormentas o sus calmas. Y a vueltas con todo ello, una riqueza bien medida de las imágenes que despierta el choque entre los significados de las palabras en el curso de la combinatoria de los versos o el choque entre el significado y aquellas huellas que las olas y desdichas de una vida hayan dejado en el fondo de los ojos y...

¿Para qué más? Podría Ana estar contenta con su libro y con su premio. Pero no: parece ser que está ella más bien un tanto triste, y a ratos hasta airada. ¿Por qué? Pues, entre otras cosas, parece que en los círculos político-culturales de su tierra no se ve ahora con buenos ojos que, cuando se es gallega, se hagan versos en castellano.

¿Qué decir a eso? Algo acaso podamos permitirnos, desde fuera (aunque muy cerca) de las fronteras, y amparados al menos en el aquél de que, casi al mismo tiempo que este prologo, habremos publicado otro para una antología de poetisas gallegas en gallego; lo cual no nos dejará pasar por sospechosos de que no queramos que las gallegas, y hasta las de fuera, escriban o canten en gallego, si se tercia. ¿No está, allá lejos, el rey Alfonso X y otros, que, siendo forasteros, se inclinaban a hacer de la vieja lengua galaica el dialecto de la lírica?

Ya sé que luego vino Santiago y cierra España, y se cerró y constituyó el Estado, con su lengua oficial, este espofcont en que ahora estamos condenados a escribir y casi a hablar. Pero ¿qué? Esa contienda, que entristece a Ana, entre la lengua del Estado y el gallego también inevitablemente oficial, que desde arriba, a costa del gallego de veras hablado en los pueblos y del gallego literario, trabajosamente reconstruido tras siglos de rotura, ha tenido que desarrollarse para la nueva Autonomía, truco al fin evidente del Estado para mantener su unidad con la distribución desde el centro de raciones de independencia administrativa, ¿es que esa contienda de políticos y culturalistas toca en algo de veras a la cuestión de la poesía misma, a su relación con el pueblo y con la lengua, a la función política de la poesía?

Me temo más bien que no.

1.º Es verdad que la lengua es el pueblo, puesto que es la lengua lo único que no es de nadie en particular, ni individuos ni instituciones, y gracias a eso es para cualquiera, si cualquiera es pueblo; y más aún: eso de «pueblo» sólo puede propiamente consistir en la comunidad (una pluralidad, por cierto, incontable, indefinida) de los hablantes de la lengua. Pero eso se refiere a las lenguas nacidas desde abajo, no inventadas por nadie, por nadie impuestas... lo que sabe la gente sin saber que lo sabe, y en lo que Poderes y Comercio no pueden hacer más que manipular desde fuera y en la superficie del vocabulario. Ahora bien, ¿quién, en esos círculos de cuya pedantería galleguista se queja nuestra Ana, se atreverá a pretender que el gallego que ellos cultivan y tienden como bandera es una lengua así? Más bien ese gallego, después de siglos de abandono en las ciudades y en la administración y la enseñanza, no se rehace ahora aprendiendo de veras el gallego que quedara por los pueblos, sino que se reglamenta y se impone desde arriba, desde las oficinas de admi-

nistradores y literatos, y está condenado a ser una lengua oficial como el propio español oficial que dominaba a España, y en vez de ser una contra del espofcont, es más bien una imitación, en pequeño y autonómico, de la misma historia que antes recorrieran el francés, el inglés, el español, para convertirse de lenguas populares en las lenguas oficiales de los Estados. Así que, amigos, no es tan grande la diferencia entre hacer poesía en espofcont o en galaicofcont: en uno y otro caso se encuentra la poesía forzada a usar de una lengua que, guardando en sus fondos lo que puede de popular, es una lengua impuesta y estatal también.

2.º La poesía es (¡oh milagro de que una vez pueda pronunciarse la evidencia que le es necesario ocultar a la Literatura, que cualquier cosa dirán que es poesía los poetas literatos menos esto!) es un caso de lenguaje, un arte combinatoria de palabras, sintaxis y silabeos. Pero, una vez que se haya logrado reconocer esta evidencia, es preciso añadir al punto que ese juego de lenguaje que se llama poesía consiste justamente no en obedecer pacatamente las leyes del lenguaje, de modo que sólo se diga lo que está dicho (eso es lo que hacen los más de los libros, de la Prensa, de los discursos de comerciantes y políticos y, ay, también las más de las conversaciones entre particulares), sino en combatir contra las leyes del lenguaje con que juega, por medio de ordenaciones imprevistas, de infracciones de reglas, de excesos, de silencios, que ponen al descubierto la máquina y las convenciones del lenguaje mismo, y así tratan de revelar, aunque sólo sea por vislumbres, la falsedad de la realidad que con las palabras o ideas de ese lenguaje está constituida. Así que no importe demasiado cual sea el idioma que la poesía pone en juego, puesto que cualquiera sirve para que la poesía juegue con sus leyes y contra ellas.

y 3.º Lo único que importa es que haya gente que la oiga, que al menos (qué se le va a hacer) la lea, de modo que cuando la formulación poética dé con algún acierto (más o menos así de fácil como el resoplido musical del asno en la flauta), pueda decir cualquiera de los hablantes que lo oiga «Eso es lo que yo quería decir, sólo que no sabía cómo». Pues lo que la poesía trata de descubrir al jugar con un lenguaje no es ciertamente nada idiomático ni nacional, sino común para los hombres cualesquiera de cualquier lengua.

No se entristezca pues Ana Liste por rumores de los que malsinen su librito por estar escrito en espofcont y no en gallego autonómico. Que el librito salga por ahí y, si encuentra, como le deseo, gente que reconozca en algunas de sus combinaciones de palabras el sentimiento común de los mortales, que haga lo que pueda. Que eso seguramente nos moriremos sin saberlo; pero tampoco importa mucho.

AGUSTIN GARCIA CALVO
Zamora, diciembre de 1985